

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 29 de

Agosto de 1889

Precios de suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de suscripción.**

En Lérida, Mayo 181, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Aun hay amor.—La idea no perece.—Suscripción permanente para las ancianas Soriano—Pensamientos.

AUN HAY AMOR

A Violeta

I.

Querida mía; por algo que no comprendo, por algo que no me explico, por algo superior á mi conocimiento y á mi voluntad, tu recuerdo vive en mi memoria desde el feliz momento que tu voz llegó hasta mí, y siempre que algun noble sentimiento se desarrolla ante mis ojos, pienso en tí y hablo contigo como si estuvieras á mi lado, y te pregunto: qué te parece Violeta, es esto amor?.....

Profundamente impresionada tomo hoy la pluma, despues de haber hablado largo rato con un libre-pensador que ha dado la vuelta al mundo: al pasar por Barcelona me hizo una visita, como suelen hacérmela otros muchos; que por ley natural se buscan aquellos que tienen creencias comunes y acarician ideales idénticos ó afines.

Esto hizo Alfonso de Silva; preguntó, inquirió; y al fin vino á verme, ávido de hablar con quien comprendiera su modo de sentir. Largo rato estuvimos conversando, llamándome la atención su recto criterio y buen sentido.

Tocamos diferentes puntos, y por último se habló de presentimientos, de corazonadas, de intuiciones. Alfonso, con acento melancólico, me dijo:

—De algun tiempo acá abrigo el presentimiento de que no he de tardar á morir, así que tengo tomadas todas mis medidas y encargado á mi secretario lo que ha de hacer si dejo la tierra lejos de mi país natal, donde tengo muchos parientes, todos en buena posición. No me inquieto por ellos, porque no me necesitan. Lo que me preocupa—no lo acertaría usted— es la suerte de mi caballo.

—¿Su caballo?

—Sí, señora, mi caballo, que durante muchos años ha sido mi compañero en todos mis viajes. Es ya muy viejo, y temo que, al morir, no me lo cuiden.

Y diciendo esto, los ojos de Alfonso tomaron una expresión tan dulce y tan triste, tan triste..... que no pude menos que mirarle con profunda atención. Luego prosiguió diciendo:

—Oh! sí: no quiero que mi viejo Rubí muera en alguna plaza de toros. Con todo, estoy algo tranquilo, porque mi secretario, que es un excelente sujeto, me ha prometido cuidar de mi viejo compañero de aventuras.

Volví á mirar á Alfonso con mas atencion aún: leí en su frente y en sus ojos tan inmenso sentimiento, que me fué mucho más simpático que antes.

Seguí conversando con él, y tratando de hacerle hablar, para leer en aquel libro inédito y aprender escuchándole. Al fin se despidió; quedando su recuerdo fotografiado en mi mente.

¿No es verdad, Violeta, que Alfonso de Silva debe tener un alma muy hermosa? que debe haber amado mucho cuando tanto quiere á su caballo, cuando le entristece el temor de que su alazán muera atormentado en una plaza de toros?

¿No es verdad, Violeta, que Alfonso de Silva debe tener una historia en la cual el amor ha de haber desempeñado un principal papel? ¡Oh! sí; no me queda la menor duda: hace muchos años que estudio en la humanidad, y estoy acostumbrada á leer en el corazon del hombre.

¡Cuánto consuelo experimento al encontrar almas amorosas! Violeta, he hallado un espíritu que sabe amar, que sabe sentir, que difunde los raudales de su ternura en todo cuanto le ha rodeado, desde la mujer querida hasta el noble corcel que le ha servido con inteligencia y lealtad.

Me fijo mucho en los pequeños detalles: estudio á un hombre cuando habla á solas, esto es, en un pequeño círculo, en familia digámoslo así; jamás cuando habla en público, porque entonces lleva estudiado lo que va á decir, y dice.... lo que quiere, no lo que es en realidad. En cambio en las conversaciones familiares, cuando melancólicos recuerdos nos entristecen, el alma necesita desahogar su sentimiento y entonces la verdad sale espontáneamente de los labios. Así habló Alfonso de Silva. Contóme sencillamente su poco apego á la vida, el cansancio que sentía su espíritu, el afán que le atormentaba por dejar un planeta donde tanto habia sufrido, donde tantas decepciones habian taladrado su corazon, donde tantas contrariedades le habian separado de la sociedad, no encontrando más consuelo que abismarse en sus pensamientos, constantemente puestos en la vida del mas allá.

Con suma atencion, Violeta querida, he escuchado el relato de Alfonso. Algunos capítulos de su historia he leído en las imperceptibles arrugas de su frente y en la melancólica expresión de sus ojos.... Es un espíritu que ha amado mucho un fénix Violeta, porque la generalidad de los seres aman muy poco.... ¡Cuán hermosas son las manifestaciones del amor! Se presenta tan noble la raza humana demostrando sentimientos amorosos!.... ¡Qué bello es amar!.... Lástima que en este mundo las almas sensibles casi siempre viven solas; son hojas arrancadas del libro de la vida, que el viento arrebatara para hacerlas su juguete. Alfonso de Silva es una de esas hojas. Probablemente no volveré á verle, pero te aseguro que siempre le guardaré un recuerdo en mi memoria.

II

Voy siendo afortunada en mis estudios, voy encontrando almas buenas unas que han amado mucho, como Alfonso de Silva, otras que desean amar como Laura de Montesa, hermosa jóven á quién conocí hace algunos años, y en cuyos ojos voy leyendo lo que el tiempo va escribiendo en su corazón.

Educada Laura en la religión católica, ha pasado largas horas apoyada en su reclinatorio leyendo en un libro de oraciones, sin que su alma supiera lo que leía, ha tenido temporadas de exagerado misticismo, en las que han luchado en ella dos atracciones poderosas, el silencio de la solitaria celda y el bullicio de la ópera en el gran teatro del Liceo. Dos trajes blancos le han ofrecido sus atractivos, el hábito de novicia, sencillo y humilde, con el cual estuviera en camino de ir al cielo, y el traje de raso blanco, adornado con encajes de Inglaterra, con el cual atrajera las miradas de los jóvenes elegantes de la buena sociedad.

Laura tiene la desgracia de pertenecer á una familia positivista, que desea para ella un marido millonario; así es que, aun cuando ha tenido adoradores, como estos no han poseído millones, Laura no ha podido entregar á ninguno de ellos el tesoro de su cariño.

Yo he ido siguiendo paso á paso la vida de esta jóven, y me daba lástima verla insensible á los verdaderos goces de la vida. Algunas de sus amigas se han casado, y al contemplarlas felices con su nueva familia, Laura ha comenzado á sentir una inquietud desconocida: sus hermosos ojos han ido adquiriendo una expresión melancólica; ya no permanece horas enteras apoyada en su reclinatorio; desea salir; se engalana, se adorna con sus trajes más bellos; al regresar del teatro se deja caer en un diván y llora amargamente. Sus padres que, como vulgarmente se dice, no han inventado la pólvora, se quedan viendo visiones, la miran con asombro y se dicen; qué tendrá? Preguntan á Laura qué la aqueja, y ella enmudece, se cubre el rostro con las manos, y así permanece largo rato.

La han visitado varios médicos, que, despues de mirarla se han encogido de hombros. Uno de ellos, más experto, encargó á sus padres, que la llevaran á viajar si querían evitar el desarrollo de una enfermedad terrible.

Laura, al saber que iba á emprender un largo viaje, vino á verme enseguida muy animada y muy contenta. Quise sondear su corazón, y le dije:

—Vamos, me alegro que salgas de Barcelona, si aquí no dejas ninguna afección.

—¡Ah! no, ninguna; á mí no me quiere nadie.—Y sus ojos adquirieron una expresión tristísima

—Te gustaría ser querida ¿no es cierto?

—No sé....

—Yo sí, lo sé, Laura mía; voy leyendo en tu corazón y viendo cómo despiertas, como sientes la necesidad de amar. Si te pregunto una cosa ¿me dirás la verdad?

—Sí; se lo prometo.

—Pues bien, tú estás triste desde que tu doncella se casó; y se aumentó tu tristeza cuando cinco meses despues fuiste á ver su pequeña casita.

—Laura me miró sorprendida, palideció, y me dijo con voz apenas perceptible:

—Es verdad, desde aquella tarde no sé que tengo.

—Yo sí, yo sé muy bien lo que tienes: envidia de su felicidad.

—¡Envidia!.... ¿me cree usted envidiosa? Entonces creerá que soy muy mala; porque mi confesor dice que la envidia es un gran pecado.

—Hay muchas clases de envidia, y la tuya es la más inocente y natural: Sientes la necesidad de tomar parte en el gran banquete de la vida; tus compañeras de colegio casi todas se han casado, y al ver casar á tu doncella, has dicho con amargura: todas tienen mas suerte que yo.

—¿Cómo sabe usted que yo he dicho eso?

—¿Porque eso lo dicen todas las mujeres que han cumplido veinte años y no tienen preparado su traje de desposada. ¿No es verdad que de todos los grandes salones que has recorrido, no recuerdas sino vagamente los ricos muebles y preciosidades artísticas, y que, en cambio, la pobre y humilde casita de tu doncella está grabada en tu mente?

—Es verdad: hasta he llegado á creer que me habían dado algo en quella casa; porque siempre veo el taller de Jacinto y la mesita de labor de Adriana. Allí están los dos tan contentos!....

—Tienes razón que allí te dieron algo: la luz que faltaba á tu entendimiento y la sensibilidad de que carecía tu corazón. Allí comprendiste que la felicidad de la mujer no está en la soledad del claustro, ni en el aturdimiento del gran mundo,

sino en la compañía de un hombre santificada por el amor y sancionada por la ley. Yo ví cómo te conmoviste cuando, al entrar tarareando tu canción favorita, salió Adriana á nuestro encuentro rogándote por favor que bajases la voz, para no despertar al pobre Jacinto que había estado trabajando toda la noche y dormía recostado en un sillón. Quisiste verle dormido; Adriana entreabrió la puerta de un pequeño aposento y contemplaste unos momentos á Jacinto, reclinada la cabeza contra el respaldo del sillón y medio cubierto el rostro con un pañuelo blanco.

—¡Ay! ¿para qué se tapa la cara? ¡parece un muerto! dijiste en voz baja.

—Se la cubro con el pañuelo para que no le molesten los mosquitos—respondió Adriana mientras miraba á su marido con inefable ternura.

—¿No te has cansado aún de mirarle?—añadiste sonriendo.

—Que me he de cansar! si cada día le quiero más,—replicó Adriana.—Crèame usted, señorita, cásese con Alfredo, y será tan feliz como yo. No es rico como usted, pero usted es rica por los dos: además, que la felicidad no consiste en las riquezas. Vive una tan acompañada!.... No sabe usted lo bueno que es tener una persona á quien cuidar y complacer. Somos muy pobres, es cierto; pero ¿quién más feliz que Jacinto y yo? Salimos á veces despues de cenar, á dar una vuelta, por ahí, y nos sucede amenudo andar media legua sin apercibirnos de que nos alejamos de casa: tan engolfados vamos en nuestra conversación y haciendo planes para cuando venga el huésped que esperamos.

Adriana, al decir esto, abrió un cajón de la cómoda y le miró sonriendo. El cajón estaba lleno de camisitas, de fajas, de pañales, de gorritas y demás prendas que usan los recién nacidos.

Con nuestra conversación se despertó Jacinto, el cual te aconsejó lo mismo que Adriana, ¿te acuerdas?

—Sí; murmuró Laura palideciendo.

—Pues bien, desde aquella tarde tienes frío en el alma, frío que se trasmite á tu cuerpo.

—Tiene usted razón: siempre tengo frío; y aunque al pronto me alegré porque me llevan á viajar, después me he acordado de la casita de mi doncella y....

—Y piensas que te sería mucho más agradable ir á esconderte en un nido semejante.

Laura no me dijo que sí con los labios, pero me lo dijo con los ojos.

Quiera Dios que encuentre un alma como la de Alfonso de Silva y que su sed de amor pueda saciarse; porque para el que ama y es amado, el desierto más infecundo es un oasis encantador.

III.

Me voy convenciendo, Violeta querida, de que en la tierra hay seres que aman: lo difícil, lo imposible ó poco menos, es la unión de esas almas. Por algo, incomprendible para la generalidad, los que más quieren, ó viven solos ó mal acompañados.

¡Qué bien vivirán. Violeta, dos almas que se comprendan y completea! Qué placer tan inmenso sentirán dos espíritus enlazados por esa inexplicable simpatía que se llama amor! ¿Qué han de importarles las tormentas de la existencia, qué las penalidades, qué los azares, qué las miserias y las privaciones, si todo queda compensado cuando sus miradas se cruzan y se transmiten recíprocamente su fluido y su vida?

Adiós, Violeta; tú has venido á rejuvenecer mi espíritu, tu has cambiado el curso de mis estudios y observaciones. Antes solo me preocupaba ese más allá que se

entrevé al otro lado de la tumba: hoy miro á la tierra, y no me arrepiento de mirar; porque los capítulos de nuestra historia actual son sin duda continuación de los que escribimos ayer, y podemos calcular los que escribiremos mañana por las notas y apuntes que vamos tomando en la presente existencia.

¿Qué es la vida? Violeta. Una novela histórica, de la cual nunca escribiremos el último capítulo.

Amalia Domingo Soler.

LA IDEA NO PERECE

«Esperanza: Mario, mi querido hermano Mario, está muy enfermo. Tiene frecuentes accesos de delirio que siempre van seguidos de un sopor del espíritu y del cuerpo, que parece precursor de la muerte.

»Ayer tuvo unos instantes de lucidez, quieres saber lo que en esos instantes me dijo?... Oye.

«Querida hermanita: La sangre se agolpa á mi cabeza, mis sienes laten violentamente, y siento un frio glacial en todos mis miembros. Creo, mi querida Adela, que mi fin está próximo.»

«¡Oh! .. no, no. ¡No morirá! ¿Verdad, querida Esperanza?... Toda la noche he pasado pensando en esta idea que me vuelve ¡loca. Ven. Te necesito. Te espero.— Adela.»

*
*
*

Apenas terminé la lectura de ese billete, corrí á casa de la amiga que, por medio de él, me llamaba. Un minuto despues tenía á Adela en mis brazos, que sollozando amargamente me condujo al lado de su hermano.

¡Pobre Mario! ¡Que cambiado estaba! Su cara parecía de cera, sus negros ojos estaban hundidos, y en ellos lucía una llama siniestra. Tenía á su cuello un sinnúmero de medallas y escapularios. La alcoba estaba llena de no sé que olor de inciensos; la bujía tenía el aspecto de un cirio; en una rinconera ardía una lámpara delante de una pequeña virgen de alabastro, y postradas ante esta imágen, dos de las llamadas hermanas de la Caridad, rezando, balbuceaban la letanía.

El médico, hundido en una butaca, devoraba con la vista las páginas de un grueso volúmen que sostenía en sus manos. Por último, el padre de Adela y Mario, arrodillado en un rincón, ante un cuadro que encerraba reliquias de no se cuántos santos, murmuraba oraciones y recorría las cuentas de un rosario.

Parecíame asistir á una velada funeraria, y la inmovilidad estúpida de Mario me helaba. Me acerqué, pues, á su lecho, y tomé una de sus manos entre las mías; hizo un ligero movimiento, y pareció que iba á reconocerme. En efecto, sacudido por la fiebre, y libre un poco de su entorpecimiento, Mario, en aquel momento, lograba desear, despertar, mejor dicho, de su terrible letargo. Primero hizo un esfuerzo mental para obligar á sus ideas que fuesen más precisas, y para disipar las tinieblas que envolvían su espíritu; después su vista se puso mas clara, respiró lentamente, me miró con atención, y me apretó dulcemente las manos murmurando con débil acento el nombre de su hermana.

Comprendí, por la expresión de su mirada, que me preguntaba por ella, y apartándome á un lado se la mostré con la mano.

La pobre Adela estaba allí, cerca de él; sus grandes ojos le miraban como en éx-

tasis, mientras que gruesas lágrimas corrían lentamente por sus pálidas mejillas.

—Querida hermanita—la dijo mirándola cariñosamente—acércate más á mí.

Adela se arrodilló, y estrechó convulsivamente una mano del enfermo, clavando en él sus ojos con ansiedad.

—Adela... Adela, acércate más...—repitió Mario.—Parece que tengo un velo delante de los ojos.

Mi pobre amiga se levantó, é inclinándose hácia él, depositó un largo beso sobre su frente.

En aquel momento se oyó fuera de la habitación el ruido de algunas voces, y Mario se incorporó bruscamente en el lecho, quitándose al reparar en ellas, las medallas y escapularios que de su cuello pendían.

De pronto, la puerta de la alcoba se abrió, y la negra figura de un clérigo apareció en el umbral.

—¡Oh!...—exclamó el enfermo, volviéndose hácia el rincón donde se encontraba su padre—¿qué significa esto, padre mio?...

—Y, como su padre no le contestara, volvióse al clérigo diciendo:

—¿A qué vienes aquí jesuita?...

—Vengo—respondió este con voz sorda—á hacerte oír la palabra de Dios, ante quien muy pronto comparecerás, y vengo también á recibir la confesión de tus culpas.

—¡Ah!—respondió el hermano de Adela—¿con que á eso vienes?.. Pues si no vienes á otra cosa, puedes marcharte. Dices, que muy pronto compareceré ante Dios; pues bien entonces oiré, su palabra; aquí no podría oír más palabra que la tuya. Respecto á recibir la confesión de mis culpas, tampoco tengo nada que confesar á los hombres, lo confesaré *allá*, si me preguntan. Puedes irte, jesuita, vete, ve á decir á tu Dios, á tu Papa, á todos los sectarios de tu religión, que Mario de R. muere regocijándose en las gradas del tribunal de su Dios, no del tuyo, de haber tomado parte en la grandiosa obra del Progreso; esa obra que el amor, el Libre pensamiento y la Libertad unidos, concluirán al fin un día á pesar de los obstáculos que puestos por vuestras manos encuentra á cada momento.

¡Oh, no deseaba, no deseo la muerte: quisiera vivir para ver los colores de la noble bandera de la libertad, flotar sobre todos los monumentos del despotismo!...

Calló. El médico, que al oír hablar á Mario había dejado su libro, y levantándose de la butaca se acercó al lecho con visible simpatía, cogió una de las manos del enfermo entre las suyas; Adela y yo teníamos la otra.

Hubo un largo silencio.

—¡Dios mio!...—murmuró Adela á mi oído con angustia.—Su mirada vuelve á ser fija, su mano arde en la mía. Así quemaban las manos de mi madre la noche de su muerte!...

De pronto Mario dió un salto en el lecho, y tendió el oído como si oyese un ruido lejano.

—¡Chist!... ¡chist!...—dijo en voz baja—escuchad...: ¿No oís esos gritos de alegría?... ¡Son ellos!... ¡han derribado la tiranía!... ¡la patria está libre!... ¡las tinieblas han desaparecido!... ¡Mirad .. ved cuán majestuosa es esa bandera que ondea en un círculo de luz!... ¡Es la bandera..... de la libertad!... ¡Ah!.... Saludad..... Saludad..... ¡Viva la libertad!....

Y cayó como un plomo sobre su lecho,

¡Desgraciada Adela! ¡Pobre amigo Mario!.... Había lanzado el último suspiro con su último grito.

*
*
*

Hay dolores que no pueden describirse: hay penas tan profundas, tan internas, que todo es pálido para pintarlas.

Cuando la muerte corta con su golpe imprevisto el hilo de la existencia de un sér que se quiere, los que le sobreviven se quedan como atontados; y muchas veces el efecto es tan seco, tan doloroso, que los ojos permanecen enjutos, la fisonomía impasible, y los labios cerrados.....

Así permanecía mi pobre amiga ante el ataud en que fueron colocados los restos de su hermano, aquellos restos, aquella envoltura de un alma hermosa y un corazón noble.

En cambio, las dos hermanas de la Caridad, no daban muestras ni de atontamiento, ni de dolor. Ora iban y venían por la habitación haciendo sonar las cruces y medallas de sus largos rosarios, ora se arrodillaban al pie del ataud, rezando para obtener del *Divino* Señor y la *Santísima* Virgen la indulgencia, ya que no el perdón, para el alma de Mario.

—¡Infeliz jóven! ¡Pobre alma perdida!—exclaman haciendo mil visajes, y volvian á sus rezos y súplicas.

Los círios empezaron á dejar oír un monótono chisporroteo, las buenas beatas se levantaron y arreglaron los pábilos. Después, una de ellas cubrió el rostro del muerto con un pañuelo mientras murmuraba, quizá por centésima vez, las exclamaciones: ¡Infeliz jóven! ¡Pobre alma perdida!

—¿Por qué, señora—interrogué sin poder contenerme más tiempo—murmurais esas exclamaciones pensando en este jóven?....

—¿Por qué?—contestó horrorizada.—¿Acaso no habeis visto como yo que este jóven ha muerto sin confesión?....

—Si, sin confesión—afirmó la otra beata como un eco.

—Es verdad—repliqué á mi vez—ha muerto sin confesión; pero vivió siempre con honradez, nobleza y lealtad; ¿acaso vale esto menos que la confesión de última hora para vosotras?....

—Ha muerto sin confesión—repitieron sin contestar á mi pregunta.

—¡Y bien!—exclamé con algo de impaciencia—¿sabeis la contestación que esa Virgen á quien implorais en favor del alma de este jóven, dió á Santa Teresa de Jesús cierta vez que esta santa le hacía notar horrorizada, como vosotras lo estais ó aparentais estarlo ahora, los muchos seres que en la tierra morían sin confesión?....

—Pues la dijo: «Querida Teresa, cuídate de los que mueren con confesión, que de los que mueren sin ella, ya me cuido yo.»

Y sin hacer caso de los gestos de las dos hermanas de la caridad, continué quitando el pañuelo que ocultaba el rostro del muerto:

—Miradle, y si hay en vosotras algo de franqueza, no podéis menos de convenir que ninguno de los santos de vuestros altares tiene en su rostro la tranquilidad, la expresión tan santa como la tiene el rostro de este cadáver.....

*
* *

Llegó el instante más doloroso, ese instante en que el martillo deja oír el ruido que produce sobre el ataud cuando clavan la tapa que cubre para siempre unos restos queridos. No hay corazón, por fuerte, por templado que esté en el duro yunque del infortunio, que resista á esos martillazos secos, profundos como la tumba á que preceden.

Se llevaron el cadáver y.....

Adela se arrojó en mis brazos exclamando:

—¡Adios, Mario, hermano querido; jamás te olvidaré, ni tampoco olvidaré nunca

tus lecciones, tus consejos, ni tus últimas palabras. Esa diosa querida, esa gran idea que brotó por primera vez en las poéticas riberas del mar de Genezareth de los labios del dios hombre, y que envuelta con los siglos y las generaciones, ha llegado hasta nosotros, fortaleciendo el gran espíritu del pueblo; esa diosa querida, esa gran idea, tienen y tendrán siempre en mí una defensora!....

El hombre muere, queridos lectores; pero la idea, ya lo veis, la idea nunca perece.

ESPERANZA PEREZ

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano.

Nombres	Procedencia	Pesetas
D. M. Navarro Murillo.	Trujillo.	1
Sr. Vizconde de Torres Solanot.	Barcelona.	3
D. Tomás Cervera.. . . .	Jabea.	2 50
El Angel Araceli	3
Cecilia Mañez.	1
Ana Estopa.	0 50
Dominga Estopa.	Gibraltar.	1
Eugenia N. de Estopa.	1
D. José Meana.	1
Centro Espiritista.	2 50
Doña Regina Goyanes.	Coruña.	0 50
D. Manuel Sanz Benito.. . . .	Guadalajara.	0 50
B. R. y G. F.. . . .	Portugalete.	1 65
M. R. F.	Salamanca.	0 50
Pablo Goday, por 7 meses.	S. Carlos la Rápita.	7
Centro Espiritista.	Andújar.	3
Total.		29 65

PENSAMIENTOS.

El tiempo es la historia de la eternidad.



El rocío, es el llanto de la naturaleza.



Las alas del hombre, son sus ideas.



La salud de la inteligencia se adquiere aprendiendo.



El dolor, es el gran maestro del hombre.



El derecho es la regla de la vida.



La política no es mas que el avance de hoy, para reformar mañana.



Trás del dominio absoluto, viene la rebelion irremisiblemente.



El infierno de las ideas, ha destruido el cielo de las religiones.